PRINCIPE DE LOS POETAS CATALANES

MAESTRO Y VOZ DE UN PUEBLO

Uno de los últimos tributos intelectuales recibidos en vida por un escritor tan enaltecido y admirado, desde siempre, como fue Carner, indiscutido Príncipe de las letras catalanas: pienso que el postrer homenaje, pues data apenas de seis semanas, tuvo por marco nuestra Universidad literaria. Fue en el acto de apertura de la Conferencia de Barcelona, primera reunión de la naciente Asociación Internacional de Críticos literarios, que en nuestra ciudad congregó a descollantes personalidades de quince o dieciséis países, de USA a la URSS, incluida la representación de la UNESCO en la persona del ensayista Roger Caillois. Y se produjo cuando el poeta belga, Robert Goffin, presidente de la Real Academia de la Lengua y Literatura francesa, saludó el retorno del gran poeta a su tierra e instó y obtuvo con clamorosa salva, que se le asociara a los trabajos de la Conferencia, en unión de la escritora belga Emilie Noulet, su esposa, poeta, asimismo, y reputada por sus estudios sobre el simbolismo francés.

José María Castellet quedó encargado de transmitir aquel voto y estos deseos al matrimonio, que por aquellas fechas descansaba en las inmediaciones de Barcelona tras los muchos agasajos. Pero el estado de salud del patriarca ya no aconsejó el desplazamiento, y el consiguiente ajetreo, ni que fuera para recibir tan gratos honores. Aunque creyéramos no saberlo, acallando temores fundados, el poeta se disponía a soltar el equipaje, una vez recobrado el saudoso solar nutricio. Y si bien todavía formulaba proyectos (la buena estación en Bruselas, aquí lo demás del año), cabe pensar que le anduviera por el magín lo que él mismo escribió en el recordatorio del padre, muerto a los 85: «Darreda llargues proves conegué la posta serena de la vellesa vàlida. S'adormí refiat de l'endemà». Máxime, cuando el eclipse impuesto por mudanzas de la moda y dilatada ausencia quedaba en agua pasada; cuando sabíase recobrado en uno con su pueblo, conciencia viva y operante de una lengua que se reconoce en sus escritos.

Setenta años de continuada obra poética desgranada en treinta libros, y con entera justicia adscrito a la sección filológica del Institut, desde su fundación; periodista de punta ya en plena adolescencia y modelador —con el correctivo de la ironía— de una conciencia urbana; narrador inigualado en el relato breve, y singularmente en el cuento para niños; además de aficacísimo animador de la editoría catalana, como director literario y sobre todo como traductor (se cuentan por decenas los que, con su nombre o bajo seudónimo, prodigó en la Biblioteca Literària de buena recordación, en la modélica «A tot vent», en la Selecta), la acción de Carner, si decisiva para la literatura y la vida cultural toda, no lo fue menos en lo tocante al idioma. Suyo ha sido el conjugar la plasticidad del lenguaje popular —de la ruralía, los oficios, la naturaleza—, espigado en todos los rincones del dominio del catalán, con el buen decir de los trágicos: para sanear la bastardeada jerga barcelonesa y poner coto a las delicuescencias modernistas y al anárquico medievalismo de la Renaixença. En nadie, sino él, halló mejor colaborador la ingente empresa de Mestre Fabra. Como en la apertura de horizontes culturales no lo tuviera, aunque poco congeniaran, el Ors de sus días de Pantarca.

Hablamos del poeta de más directo y duradero influjo, con hitos como «Els fruits sabrosos», «El cor quiet», «Nabí», y la entrañada vena de sus notaciones del exilio; pero no es menor conquista lo que el idioma con él manó —ya lo apuntaba Sagarra— en riqueza, claridad, elegancia y malicia. También por su completo dominio de las dos lenguas que coexisten en esta ciudad (quienes lo vivimos, no hemos olvidado sus artículos de «El Sol» en los días de Dictadura y República; ni recuerdo traducción más hermosa, castellana, que la de la «Areopagítica» de Milton), como por su amplio conocimiento de las literaturas extranjeras, la inglesa y la francesa en primer término.

Sí, Carner poeta y prosista, Carner cónsul: maestro y voz de un pueblo, alférez también de un movimiento que a las ediciones catalanas otorgaría —en tantos respectos— carta de vigía, función de adelantadas para con las demás de la península. Si parecía destino que la noche invencible le cogiera lejos del casal, lo seguro es que nadie, con mejor título, podría resumir su aventura terrena en la fase que últimamente dictó a Porcel: «Catalunya és amb mi».

J. R. MASOLIVER

UN ESQUEMA

A pesar de tantas premoniciones funestas nos conturba el ánimo saber que se halla, definitivamente lejos, la envoltura carnal del alma luminosa de Josep Carner. ¿Un juicio crítico? No es hora. Muy esquemáticamente, sí quisiera decir lo que Carner representó para mí y, en cierto modo, para mi generación.

1. Una primera victoria de lo «moderno», por encima de la tradición floralesca. Esto es, ahora, fácil de entender; no cuando nosotros asomamos al complejo de la poesía catalana de nuestro tiempo.

2. Esta victoria se producía por un «adelgazamiento» y por una «contención». La expresión lírica (siguiendo, claro está, la línea maragalliana) tendía al vocablo sutil, a veces irónico (alguna vez corrosivo) y a la eliminación del fárrago. Pienso, especialmente, en «Els fruits saborosos».

3. Por otra parte —y este es el milagro— esta actitud estética (sin la cual no es comprensible la línea López Picó-Riba-Foix) comportaba una visión, si no cósmica (con un pequeño Dios benigno en lo alto), sí, por lo menos, telúrica, que alcanzaba geografías distantes (por ejemplo, Méjico, en «Nabí») y llegaba hasta el mundo turbador de la diversidad zoológica («Bestiari»).

4. En otro sentido, la poesía carneriana —prodigio de «música menor»— es, también, una poesía de lo temporal. Y esta poesía —recuérdese «El tomb de l'any»— es humana en la medida de que el hombre es un ser capaz de conciencia temporal.

5. Finalmente —y este es otro prodigio— todo este cosmos poético aparece regido por una lúcida inteligencia, cuya vertiente irónica corta, a veces, como un cuchillo.

6. Aun cuando no faltara casi nunca, la blandura; la ternura en suma.

Y todo esto —sí, todo esto— es ahora una rígida y devastada máscara mortuoria.

Guillermo DIAZ-PLAJA
De la Real Academia Española

VIDA Y OBRA DEL GRAN POETA

Josep Carner i Puig-Oriol nació en Barcelona el 9 de febrero de 1884, en la calle de Aribau. Desde muy joven sintió la vocación literaria. Empezó a colaborar en la revista «L'Aureneta» a los doce años. Cursó las carreras de Filosofía y Letras y Derecho. Ganó, a los quince años, un premio en los «Jocs Florals» de Barcelona. Y pronto figura su nombre en las revistas de finales y de principios de siglo. En 1901 publica su primera obra, el sainete «Al vapor». De 1903 a 1905 dirige «Catalunya», publicación puente entre las corrientes estéticas del siglo XIX y el «Noucentisme». Su primera obra poética es «Llibre dels poetes» (1904). Escribe para los «Espectacles-Audicions Graner» unos breves cuadros escénicos en verso: «El comte l'Arnau» (1905), «La Fustots» (1906) y «Lo miracle del Tallat» (1906). En 1903 aparecieron «L'idilli dels nyanyos», prosas de resabios modernistas y el 1904 «Deu rondalles de Jesus Infant». Con el «Primer llibre de sonets» (1905) y el «Segon llibre de sonets» (1907) se sitúa en pleno «noucentisme», aunque sean «Els fruits saborosos» (1906) los que, tradicionalmente, han sido considerados como su primer hito novecentista. Colabora asiduamente en «La Veu de Catalunya» desde 1903. Interviene en las polémicas literarias y políticas. Su influencia llega hasta ciertas capas sociales elevadas. Traduce al catalán obras de Shakespeare, Twain, Defoe, Andersen, Molière, Dickens, Lafontaine, Carroll, etc. Y al castellano, «Jacobé», de Ruyra, cuentos infantiles y (ya en Méjico) a Milton y Locke y Eduardo Benes.

Miembro del «Institut»

En 1911 es nombrado miembro del Institut d'Estudis Catalans. Publica sus mejores libros líricos: «Verger de les çalanies (1911), «Les monjoies» (1912) y «La paraula en el vent» (1914). En 1914 «Auques i ventalls», dentro de la gran tradición satírica catalana. Se casa en 1915 con Carmen de Ossa, hija de un diplomático chileno. Dirige la «Editorial Catalana» (1918). Publica en poesía «Bella terra, bella gent» (1918) y «L'oreig entre les canyes» (1920). Funda los «Amics de la poesia» (1920). A finales de 1920 gana unas oposiciones a la carrera diplomática y es destinado sucesivamente a Génova, San José de Costa Rica, Le Havre, Hendaya, Beirut, París y Bruselas. Al finalizar la guerra queda cesante en la carrera diplomática.

Recoge algunos de sus artículos periodísticos en «Les planetes del Verdum» (1918), «Les bonhomies» (1925) y «Tres estels i un ròssec» (1927). En 1928 deja «La Veu de Catalunya» y entra en «La Publicitat». Recoge su poesía amorosa en una antología «La inútil ofrena» (1924) y publica, además, «El cor quiet» (1925), «El veire encantat» (1933) y «La primavera al poblet» (1935). Traduce poemas chinos: «Lluna i llanterna» (1935). Este año muere en Beirut su esposa, de la que ha tenido una hija y un hijo.

Su aportación al teatro se inicia en 1901 con dos obritas premiadas en juegos florales: «Trista» y «La llàntia que s'apaga». Sigue la adaptación de una obra de Verdaguer, «Canigó» (1910). El divertimento «El giravol de maig» (1928), con música de Toldrá, «Misterio de Guanaxhuata» (Méjico 1943), como homenaje al país que le acogió en su exilio, que, en versión catalana se titula «El ben cofat i l'altre (1951) y finalmente «Cop de vent» (1966). Su única novela, imitación medievalizante, es «La malvestat d'Orianna» (1910), y tiene un libro de cuentos «La creació d'Eva» (1922). Entre 1917 y 1920 traduce o adapta varios cuentos infantiles para la Editorial Muntañola.

Exilio en Méjico y Bruselas

Al establecerse en Bélgica en 1938 se casa con la escritora Emilie Noulet y en 1939 emigra a Méjico. Vuelve en 1945 y ha sido profesor en las universidades de Méjico y Bruselas. Publica un gran poema metafísico, «Nabí», Buenos Aires (1941), «Llunyania», Santiago de Chile (1952) y vuelve a publicar en Barcelona en 1953: «Arbres», también poemas. Su poesía completa aparece en 1957, después «Museu Zoologic» (1963), «Bestiari (1964) y «El tomb de l'any» (1966). En 1968 aparecen sus «Obres completes».

Carner colaboró con regularidad en «El Sol» y de vez en cuando en «España», «El Heraldo», de Madrid, «El Liberal» y en las revistas catalanas de exilio.

Traducciones de sus obras: «Nabi» (Méjico, 1940); «Paliers» (Bruselas, 1950) —antología poética— «Nabi» (París, 1959); «Poèmes» (París, 1961); «Choix de poèmes» (Bruselas, 1962), poemas en francés, italiano, neerlandés, portugués, provenzal y sueco. «Poems» (Oxford, 1962), «Lien» (Bruselas, 1961), breve antología, traducida igualmente en italiano «Legame» (1963) y en rumano «Legatura» (1964), «Museo Zoológico» (1964). Teatro: «Coup de vent» (Bruselas, 1963), «L'ebouriffé» (París, 1963).

El 3 de abril del presente año, el poeta regresó a Barcelona. Se cumplía así su más ferviente deseo. Hace pocas semanas volvió a la capital belga, pero con la idea de retornar, pasado el estío, a Cataluña.